

## EL CAMINO DE PAROS \*

Fue al salir de la sala de lectura de la Biblioteca Nacional, en una tarde del invierno de 1916, cuando mantuve la última conversación con Rodó. Lo encontré en el claustro bajo de la Facultad de Derecho; lo acompañé algunas cuerdas, marchando pausadamente y platicando de lecturas. Después de varias horas de concentración estudiosa una dulce fatiga se posaba en los ojos. Un fugaz movimiento de extrañeza se renovaba al hallarnos en el mundo de la realidad, bullicioso e inquieto, después de una larga, férvida excursión por el encantado mundo de las ideas. En lo íntimo "se verificaba ese fino destilar de la meditación, aborta en cosas graves, que un alma santa ha comparado exquisitamente a la caída lenta y tranquila del rocío sobre el vellón de un cordero". Los últimos lampos de un mustio sol de invierno se diluían ya en las sombras presurosas... Era Rodó más bien esquivo y apartadizo. A falta de exterioridades brillantes y seductoras poseía para vincular a su persona, el afecto y el respeto, un fondo claro de bondad caballeresca; se recibía a su lado la emanación de un espíritu de la más acendrada lealtad y de sinceridad transparente. Trayendo hasta nosotros el estremecimiento de la nerviosidad ambiente voló, rasgando el aire, el metálico estridor de la sirena de un diario. Nos despedimos.

---

\* *La Nación*. Buenos Aires, domingo 24 de diciembre de 1922.

Cierro ahora los ojos y aún me parece verlo que se aleja, con su pesada marcha. Veo su alta y desgarbada silueta: ceñido el cuerpo por un jacquet, los brazos abandonados, con las manos hacia atrás, rígidas, en un gesto muy suyo, la cabeza hundida entre los hombros, los lentes muy bajos, la mirada abstraída y como ausente de las cosas. . .

Las resonancias de la guerra mundial mantenían por aquellos días los espíritus en tensión. Cortadas a veces por anhelantes treguas se sucedían las noticias que recibíamos con estupor semejante al que embarga los ánimos de quienes ven quebrarse en una costa con temeroso fragor, las montañas de aguas negras, cargadas del aliento salvaje de una tempestad. Todavía era motivo de preocupación entre nosotros la política interna, áspera y bravía entonces. La reforma constitucional era causa de enconada lucha. Creo que Rodó atravesaba en aquellos días una crisis espiritual, aunque jamás le oí hablar de ella. Era reactio a la confianza, a la expansión íntima, en la vida como en la literatura. Jamás se daba del todo, ni sabía el goce, la complacencia de exprimir la voluptuosidad de un dolor secreto diluyéndolo en melodiosas frases.

En su actuación, destacada y gallarda, en la arena política, había recibido alguna profunda herida, exacerbada luego en el largo combate. La resolución que lo llevó a bajar, muy joven, a mezclarse en el tumulto de la vida pública, obedeció a un impulso reflexivo, tendiente a realizar una doble aspiración: una aspiración "de cultura armónica y de vida integral". Vivir la vida en su plenitud, ensueño y acción, ¿no es éste uno de los consejos de Próspero, junto a la estatua de Ariel?

¿Y no urgía también restablecer la entereza del arte? A las corrientes literarias que prevalecían en América al llegar Rodó a la madurez precoz de su talento, enrostró siempre, como causa de insanable inferioridad, su desvío de la realidad social. Le pareció abominable cobardía, o perniciosa disminución, el apartamiento en solitarias capillas o cenáculos, donde la potencia de crear belleza y difundir verdad se agota en juegos del espíritu, efímeros y pueriles. El escritor, laureado por círculos de quintaesenciados estetas, escribiendo para ellos, pierde el necesario contacto con la realidad social de que procede, se entibia en su corazón — y en su obra — el calor humano, se estrecha y aminora la amplitud del pensamiento. Se ahonda cada día la incomprensión mutua entre el artista y la sociedad. Se perpetúa la disociación de las energías aplicadas al trabajo de la inteligencia y las dirigidas a la acción. Al modelar su personalidad quiso Rodó que todos pudieran también reconocer en ella el severo perfil del ciudadano.

Se ha publicado — muy incompleto — un Epistolario que abre algunos resquicios sobre la intimidad de su pensamiento, velada al público como por un sentimiento de pudor varonil. La verdad es que, a pesar de aquellas ideas suyas, quedó siempre en su espíritu un latente sentimiento de duda, una desconfianza germen de íntimas vacilaciones. Faltóle la convicción robusta y enteriza, la que infunde ánimo para desdeñar las impurezas inevitables de la acción, y a cuyos pechos se nutre la fortaleza que hace apretar el puño para los golpes sin misericordia y que torna insensible al agravio y a la ofensa inmerecida. No había nacido para soportar el contacto con las bajas

realidades que forman la urdimbre de la política, ni para afrontar la lucha con las fuerzas secundarias que la gobiernan. Casi en su iniciación nació en su pecho, y fue luego creciendo, un deseo de apartamiento de la política militante. Sintió dolerle en la entraña lo que en el estudio sobre "Idola Fori" llamó las torturas de la adaptación. Alguna vez en la intimidad de su correspondencia, el espectáculo que ofrecía nuestra revuelta y ensangrentada arena política, le arrancó frases de desusada crudeza, en las que se adivina el instintivo movimiento de repulsión de su sensibilidad de artista y de caballero: hay una amarga carta escrita a raíz de la guerra de 1904, en la que flagela con áspero sarcasmo a este pueblo de Montevideo, entregado a los festejos de la paz que parecían insultar "tanto dolor inmerecido y tanta desgracia irreparable, arrojándoles al rostro la risa burda de las francachelas populares, el regueldo tabernario de la hez de los arrabales, desatada por la calle como en noche de carnaval"... Resta aún la acción política que cabe ejercer desde el libro, la cátedra o la tribuna, un magisterio que rescata en pureza y en proyecciones lejanas en el espacio y en el tiempo, lo que abandona de eficacia momentánea y éxito sonoro. "Mi Durandaina será mi pluma. Con ella lidiaré siempre. En los puntos de la pluma está mi verdadero yo intelectual. ¡Y cuánto hay que hacer en nuestra América por medio de la pluma, así en materia literaria como en la propaganda de ideas morales y sociales!" La aspiración a ejercer como una cura de almas, derramando su prédica desde las alturas, fue la perdurable, la más viva ambición de su vida. Su vocación no era encauzar y señalar rumbos a las grandes fuerzas colectivas y dinámicas de la

democracia. Para ser guía y pastor de muchedumbres hubiera debido pensar, con el poeta de la moderna Bélgica, que "afrontar todo es mejor que comprenderlo todo". Ser omnicomprendivo era uno de sus sueños intelectuales. Renán, aquel encantador nihilista, le había inyectado su veneno sutilísimo, compuesto de las más finas y costosas esencias espirituales. Su prédica hubiera sido, era, serenadora y balsámica... Y luego ¡de cuántos pensadores, de cuántos artistas, de cuántos poetas podría repetirse lo que Eça de Queiroz dice en un ensayo maravilloso, de Antero de Quental: hubiera querido ser pastor de hombres, pero era un pastor que, infelizmente, no podía tolerar la grosería y la materialidad del rebaño!...

Sólo en la vida intelectual pudo ser verdad para Rodó el dannunziano "crear con alegría". En la época de las citadas cartas, ¡cómo parece sentirse el suspiro de alivio que ensancha su pecho, cuando el sosiego espiritual le permite consagrarse al amoroso cuidado de su Proteo, hijo predilecto en torno de cuya cuna revuela la musical bandada de las ideas!

En julio de 1916 sonó por fin la hora, tantas veces invocada, del viaje a Europa, del viaje libertador. Acaso él no sospechaba cuántos brazos se tenderían para intentar detenerlo. Fue, luego, como si miles de manos amigas esbozaran en el aire matinal largos y conmovidos saludos, mientras el "Amazón" abría en las aguas de la bahía un ancho surco espumoso con el empuje de su jadeante pecho de acero. Y la palabra que murmuraban los labios del viajero que inclinado en la borda meditaba afinidades de su alma con "el errabundo ser de la ola" no era ¡adiós! sino ¡hasta pronto!...

\* \* \*

Ignoro quién dio título al libro que un editor español ha integrado con las correspondencias de viaje de Rodó, acompañadas de un puñado de páginas sueltas, ya publicadas en libro unas, otras repetidas, el inevitable relleno para formar un tomo: un tomo en el que sobran algunas páginas y faltan otras duraderas.

“La impura fealdad es la reina del mundo; hemos olvidado el camino de Paros”. Tal cantó el poeta para quien la evocación de las antiguas civilizaciones fue consuelo al dolor de vivir sin sentirse hijo de su siglo. ¡El camino de Paros! ¡La ruta bordeada de mármoles sagrados y de cipreses que cruza las tierras solariegas de los pueblos que tuvieron más hondo entendimiento de verdad y de hermosura! Tierras amigas infinitamente para Rodó y frecuentadas ya por su andariega fantasía guiada como de la mano por los viajeros que describieron su ruta en los libros y los escritores que exaltaron sus fastos y narraron sus historias. Tuvo siempre la imaginación nostálgica de remotas comarcas. ¡Cuántos viajes como el del fino de Maistre, sentado en su butaca, echando a vagar la mente! Como escenario de sus parábolas, tierras que nunca ha visto. Para magnificar la estatua que erige a Montalvo, el desconocido panorama de la naturaleza grandiosa de los Andes del Ecuador. Y, ¿cómo negar que en todo esto hay derroche de técnica magistral y se muestra un artista que abusa de la potencia y la riqueza de sus medios de expresión, pero que faltan la sensación inconfundible de lo visto y lo vivido? El temperamento de Rodó es más intelectual que sensitivo. Como viajero está más cerca de Taine, por ejemplo, que de Barrés, y recordaréis aquella sutil ironía de Barrés, viajero de ávida sensibilidad, al describir a “Mr.

Taine de viaje". Ironía irrespetuosa, por lo demás, que el autor sepultó casi íntegra en su escritorio, temeroso de rozar al maestro...

Una rápida notación señaló el pasaje de Rodó por el Portugal republicano. En Barcelona, única ciudad de España donde entonces se detuvo, y en donde radicó el tronco de su familia, le interesó el pleito del catalanismo.

Y se apresuró a entrar en Italia. Helo ya en Florencia. En la plaza de "la Signoria" dos interlocutores gloriosos parecen entablar mudo diálogo que él interpreta, diálogo de bronce y mármol. Con aladas palabras, el David y el Perseo dicen la alegría y el orgullo de sus juventudes intactas y lozanas que no serán abatidas nunca por el zarpaso de la muerte. Añoran luego los dorados días del tiempo en que nacieron cuando la antigüedad clásica rediviva imponía formas al espíritu, y bajo el cielo de Italia, no menos limpio y azul que el de Atenas, ebrias de sol, zumbaban las abejas de Platón en torno de las logias mediceas.

Dice el Perseo: "...El hombre ya no existe. La criatura armoniosa que dio con su cuerpo el arquetipo de nuestra hermosura, y con su alma el dechado de nuestra serenidad, pasó, como los semidioses de mi raza y como los profetas de tu gigantesco Israel. Los que hoy se llaman hombres, noble título que quisieron llevar tu Dios y los míos, no lo son sino en mínimas partes... Su idea del mundo es la de un sepulcro triste y frío. Su arte es una contorsión histriónica o un remedo impotente. Su norma social es la igualdad, el sofisma de la pálida Envidia. Han eliminado de la sabiduría, la belleza; de la pasión, la alegría; de la guerra, el heroísmo. Y su genio es la invención utili-

taria y conceden las glorificaciones supremas al que, después de una vida dedicada a hurgar en la superficie de las cosas, regala al mundo uno de esos ingeniosos inventos con que el Leonardo de nuestro siglo jugaba, como con las migajas de su mesa, entre un cuadro divino y una teoría genial...”.

En la sala de Niobe, dirigiéndose a aquellas puras formas, cuyo heroísmo y cuya hermosura siente mejor que el heroísmo y la hermosura del mundo moderno, habla por sí el escritor: habla para reconocer la superioridad de su realeza, para exaltar la sublimidad de sus gestos destacándose sobre la pasajera agitación y el rumor vano de las generaciones vivas, caediza fronda que ha de consumir totalmente la voraz hoguera de los años. “Vosotros sois los redimidos, los que gozáis de libertad: nosotros los galeotes amarrados a los remos del tiempo”. Es un poco el desenvolvimiento de un “motivo” caro a muchos escritores. Hay también en tan bellas imaginaciones su parte de fantasía, cuya levedad se inclina complaciente hacia la paradoja. Pero late también oculto un pensamiento desencantado y pesimista, bajo la lápida de esa prosa marmórea.

El recuerdo de Pisa quedó sonando en la memoria de Rodó como el eco desgarrado de “una elegía en tono heroico”. Se abandonó al encanto de aquel ambiente en el que “la imaginación parece bogar contra la corriente del tiempo”. Pudo recordar allí, y no hubiera sido indigno de su evocación, a un ilustre compatriota suyo, artista del color y como tal enamorado de Italia: Juan Manuel Blanes, el viejo Blanes que, fatigado de gloria y con el corazón lacerado, buscó para morir aquella soledad de Pisa donde el oleaje de los años parece sosegar, derramarse en inmóvil remanso. Acaso a Blanes también como a Rodó pare-



cieron los cipreses del Campo Santo “viejos amigos a cuya sombra no sería ingrato dormir”. También fue camino de la eternidad el camino de Paros para Florencio Sánchez, tan pródigo de los dones de la inteligencia, derramados a manos llenas en su cuna y que en Italia acabó de derrochar el último bien que le quedaba: la vida.

Después de varias etapas recordadas en páginas en las que hay más de un justo toque de color, más de una evocación eficaz, más de un paisaje finamente dibujado, en Roma, en Tívoli, en Capri, en Nápoles, y sobre todo en la tumba de Leopardi, “el altar de la muerte” recordado en un artículo admirable, llegó Rodó a Sicilia.

Sicilia es a Grecia lo que el pórtico a la “cella” en el templo antiguo. Sin embargo creo que Sicilia e Italia estaban más cerca que Grecia misma del corazón de Rodó, porque su “tierra de sueño” está en este punto de confluencia de las dos grandes corrientes espirituales a las que nuestra civilización debe su fertilidad inexhausta: la clásica y la cristiana.

En abril de 1917 llegó a Sicilia. Era la primavera. Esplende divinamente la primavera en aquellas tierras cuyas costas enguirnalda de espumas el mar Jónico. El abril siciliano es voluptuosidad de la Naturaleza. Cada vez que se hace verdad el mito autóctono y la diosa que rige el cambio de las estaciones, Proserpina sube de nuevo a los fragantes prados sicilianos, se estremecen palpitantes de amor el cielo, el mar, las montañas de fecundas faldas, las melodiosas colinas:

Amor fremono, amore, e colli e prati,  
Quando la Ennea da'raddolciti inferni  
Torna co'l fior de'solchi a i lacrimati  
Occhi materni...

Aún tuvo tiempo, antes que le golpease el ala de la muerte, de recorrer a Palermo, cuya vida popular, pródiga en colores como para agotar la más rica paleta, describió en página que ahora por primera vez sale a luz. Enfermó luego. Una tarde fue llevado en una camilla, ya inerte, del hotel al hospital donde murió. Despuntaba el mes de mayo cuando murió. Se fue en silencio, sin que la esfinge interior pudiera abrir los sellados labios para hacer confidencia de sus dolores y de sus esperanzas: apenas un suave, “¡Grazie!”, “¡Grazie!”... Pero no sabemos cuál fue el último pensamiento que albergó en la tierra su hermosa y noble alma, hacia dónde clamó su angustia al sentirse morir, qué sombra de piedad puso los labios en su frente mojada del sudor de la agonía...